

CUADERNOS
DE HORIZONTE

LDH

Al pie de la Torre Eiffel

EMILIA PARDO BAZÁN

PRÓLOGO DE

ANA RODRÍGUEZ FISCHER

Emilia Pardo Bazán

LA CORUÑA, 1851 - MADRID, 1921

*

Escritora, periodista, feminista, ensayista, catedrática y traductora, entre algunas de las muchas disciplinas que practicó, fue una de las figuras más importantes de la corriente naturalista de finales del XIX en España. De temperamento inquieto y curioso, atesoró una gran cultura sin pasar por la Universidad (vetada a las mujeres en su tiempo) y viajó incansablemente por España y Europa. Su mirada cosmopolita sobre la sociedad de su tiempo, la influencia de la cultura francesa y su talante reivindicativo en pro de la igualdad para las mujeres, la convierten en una intelectual siempre atenta a cuestiones sociales. Entre los relatos de viaje que escribió, las crónicas dedicadas a París para varios medios de España y Latinoamérica la desvelan como una observadora atenta y sagaz.

Título original:
Al pie de la Torre Eiffel.
La España editorial, 1898.

Título de esta edición:
Al pie de la Torre Eiffel

Primera edición en
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
febrero de 2020

© de esta edición:
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

© del prólogo: Ana Rodríguez Fischer

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-2969-2020
ISBN: 978-84-17594-20-6 | THEMA: WTL; 1DDF
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CUADERNOS
DE HORIZONTE

SERIE
¿QUÉ HAGO
YO AQUÍ?

*Al pie de
la Torre Eiffel*

EMILIA
PARDO BAZÁN

PRÓLOGO DE
ANA RODRÍGUEZ FISCHER

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



EMILIA PARDO BAZÁN

(1851 - 1921)



Al pie de la Torre Eiffel

UNA APASIONADA ESTETA
AL PIE DEL COLOSO DE HIERRO ... 11

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS ... 41

EN BURDEOS. RECUERDO A BARCELONA ... 57

PARÍS NECESITA REY. TRIUNFO DEL PUEBLO ... 67

LA INAUGURACIÓN ... 77

LA EXPOSICIÓN POR FUERA ... 87

COCHEROS Y REPRESIÓN ... 97

GENTE MENUDA ... 103

PRO PATRIA ... 113

EL GIGANTE ... 123

TRAPOS, MOÑOS Y MERENDENGUES ... 137

EL PIE DE LA ESTATUA DE ZUINGLIO ... 153

BAVARIA ... 161

UNA CIUDAD GÓTICA: NÚREMBERG ... 173

UNAS AGUAS ELEGANTES ... 185

EL TEATRO EN FRANCIA. SARA BERNHARDT ... 195

ALGO DE ESPAÑA Y AMÉRICA ... 205

EPÍLOGO ... 217

NOTA DE LA EDITORA ... 225

**UNA APASIONADA ESTETA
AL PIE DEL COLOSO
DE HIERRO**

ANA RODRÍGUEZ FISCHER



En la España de su época, doña Emilia Pardo Bazán fue una viajera impar que dejó testimonio de sus experiencias nómadas en varios libros¹, de entre los cuales quiero ahora destacar *Al pie de la Torre Eiffel y Por Francia y por Alemania (Crónicas de la Exposición)* (1889)², dos volúmenes unitarios que además responden a una modalidad muy característica del momento, el reportaje de actualidad, que tenía por objeto cubrir la información sobre cualquier acontecimiento que fuese de interés para el lector: la inauguración de un tramo ferroviario o la aparición de otros ingenios fruto del progreso técnico, pero también las novedades y la moda en sus múltiples manifestaciones.

Ahora bien, de entre esos posibles focos de curiosidad, las visitas y relatos referidos a las célebres Exposiciones Universales llegaron a constituir casi un microgénero literario o periodístico. Ya una de ellas centraba el *Viaje a París en 1855* del joven Alarcón, acérrimo enemigo de la España del Antiguo Régimen tras el desencanto con la revuelta de julio de aquel año y exaltado francófilo para quien París y su Exposición eran «la suprema altura de la marea humana, el resultado de mil pasados siglos combinados [...], siempre coronado con la última piedra asentada en el edificio misterioso de lo porvenir»³. La propia doña Emilia, con anterioridad a esta de París de 1889, es probable que visitara la Exposición Universal que se celebró en Viena del 1 de mayo al 31 de octubre de 1873⁴, según puede suponerse a partir de la lectura del citado *Apuntes de viaje. De España a Ginebra*. Igualmente, otras exposiciones de ámbito más reducido y específico —como la gran

Exposición báltica que se celebraba en Malmö (Suecia) de la que nos habló Carmen de Burgos durante su viaje de 1914⁵ atraían los pasos de los viajeros. Para Baroja, las exposiciones universales fueron una invención del siglo XIX cuyo «aire docente y al mismo tiempo colosal» expresaba muy bien el carácter de los primeros años de aquel siglo, cuando «la filosofía, la literatura, la ciencia, la música y la industria avanzaron en triunfo»⁶. Según él, una de las tendencias de las exposiciones fue «el crear el gusto por lo colosal», puesto que de ellas salieron «las galerías de máquinas, los palacios de cristal y, sobre todo, la torre Eiffel que, en su tiempo, y durante muchos años, ha sido como el gran atractivo moderno de la ciudad de París para los tontos. Algunos tradicionalistas franceses de gusto estético protestaron contra ese aparato de hierro que tiene más aire de andamio que de una torre auténtica; pero en este caso, como en muchos otros, los modernistas triunfaron». Es evidente que Baroja se alinea con los primeros y no con quienes la exaltaban como verdadera apoteosis del progreso y de la sublime ingeniería, aunque la emblemática torre enseguida volvería a pasar por el más ingrato de los descréditos hasta que ciertas tendencias racionalistas de la arquitectura y del arte de vanguardia encontraron en ella un precedente y un modelo, y los poetas empezaron a «madrigalizar» a los pies del coloso⁷.

La razón de centrar mi estudio sobre Pardo Bazán en tanto que viajera⁸ obedece al interés que ofrece porque, entre otros muchos temas de gran actualidad, recoge el impacto que causó «el coloso de hierro» —un tema que ya no está en su siguiente libro nómada. *Cuarenta*

días en la Exposición—. Además, en estos textos Pardo Bazán nos habla ya desde su veteranía viajera y con un amplio conocimiento de la capital francesa, que habría visitado por primera vez en 1871 en compañía de toda su familia⁹. Por esas mismas fechas, empezó también a escribir un *Diario de viaje* que no llegó a publicar nunca, pero cuyo cultivo sin duda la familiarizó con el hábito de escribir, a juzgar por lo anotado en sus *Apuntes autobiográficos*, donde afirmó que «desde entonces fue para mí una necesidad apremiante el tener emprendido algún trabajo o estudio; señal de que la reflexión empezaba a sobreponerse a la perezosa alegría y vagancia de los tiernos años juveniles»¹⁰. No me parece disparatado suponer que algunas de aquellas primeras «impresiones» o anotaciones pasarían, reelaboradas o no, a formar parte de *Un viaje de novios* (1881), cuyo capítulo XIII transcurre en la gloriosa capital. Imagen nostálgica de aquellas tempranas estancias —a las que habría que sumar la de 1886 y la de marzo de 1887¹¹— la encontramos en las páginas de *Al pie de la Torre Eiffel*: «Yo sé que en París todo resulta, porque conozco aquella capital. Dos o tres inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro a doce de la noche la del incansable turista y observador»¹².

La razón de haber seleccionado, de entre los libros de viaje de doña Emilia, estas *Crónicas*, obedece a que el perfil de la viajera que ahora encontramos ofrece interesantes variaciones respecto a otros. También el motivo y el objeto del viaje. Pardo Bazán lo hace en calidad de cronista de *La España Moderna*¹³. Escribe, por

consiguiente, para los lectores de esa publicación y más de una vez, ante ciertos reproches o recomendaciones, no vacila en sacrificar el conveniente o recomendable patriotismo en aras de la verdad y la fidelidad al lector. Hay una dimensión de servicio al público en estas relaciones, que se percibe tanto en algunos detalles prácticos —la prevención sobre los precios abusivos de algunos hoteles, o la reventa de billetes, y las recomendaciones para elegir restaurantes y menús, e incluso sobre el trato que conviene dispensar a los cocheros—, como en declaraciones directas y francas pese a que al parecer alguien le aconsejaba «que no comunicase estos detalles a mis lectores de la América del Sur, a fin de que no formasen mala idea de cómo andamos gobernados y regidos los españoles». Estamos ante una narradora que ha asumido resueltamente la premisa de su querido Padre Feijoo y escribe para que sus lectores no se llamen a engaño.

No será la única ocasión en que la cronista reaccione vehementemente contra según qué tipo de hipócritas recomendaciones. La verdad es un valor que para ella está por encima de miserables conveniencias mundanas; no en vano se ganó el calificativo de *Capitana Verdades*, por su sinceridad y atrevimiento.

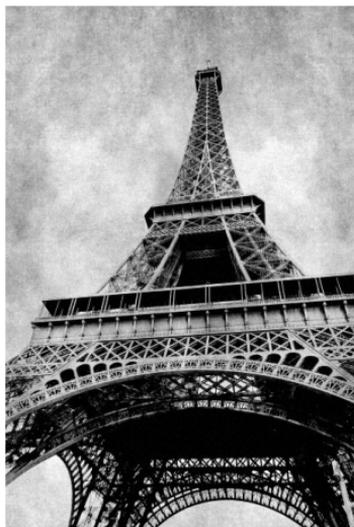
Y conviene anticipar ya que este rasgo de transparencia, franqueza y espontaneidad es constante en una escritora que jamás se sentirá tentada por aparentar conocimientos que no tiene, declarando limpiamente omitir o excluir de su relación asuntos que no le son conocidos o para los cuales no se siente competente; ni tampoco vacilará en desvelar las fuentes en que se apoya al abordar cuestiones que no presenció, pero para las

cuales cuenta con otro narrador fiable, o bien de asuntos que no le son muy propios, como todo lo referido al desarrollo industrial. Cuando sus escasos conocimientos para tratar de ciertos aspectos la obligan a recurrir a la comparación, pese a ser muy consciente de lo inadecuada que tal perspectiva resulta, declara abiertamente a sus lectores los riesgos de emitir juicios comparativos entre naciones. También es consciente doña Emilia de que una relación periodística como la suya puede ir acompañada de defectos, ya que por las condiciones en y desde las que escribe no puede ser esta una obra «de observación profunda, de seria y delicada análisis, de fundada doctrina, ni de arte reflexivo y sentido, elaborado en los últimos camarines del pensamiento o en las delgadas telas del corazón»¹⁴.

Líneas como las recién citadas no responden ni mucho menos al manido tópico de la *captatio benevolentiae*, pues a continuación se observa la clara conciencia que ella tenía de cómo «la necesidad de escribir *de omni re scibili*», siempre deleitando e interesando aunque se traten materias «de suyo indigestas y áridas», la obliga «a nadar a flor de agua, a presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación o recrear el sentido con rápido vislumbre, a modo de centella o chispazo eléctrico». Es, desde luego, una fórmula que bien podría pasar a formar parte de un decálogo para uso de cualquier cronista responsable. Además, la autora tiene muy en cuenta las limitaciones que las modernas condiciones del viaje imponen, máxime si tenemos en cuenta que ella aborrecía tomar apuntes¹⁵:

**AL PIE DE
LA TORRE EIFFEL**

EMILIA PARDO BAZÁN



**¡FRANCIA!
AQUEL PARÍS...**



Si yo no conociese bastante la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentaría al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia ella, con objeto de escribir del magno acontecimiento, la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vio París, sueña con la metrópoli moderna por excelencia, a la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama elegante, la consulta al oráculo de la moda; para los que amamos las letras y el arte, el alambique donde se refina y destila la quintaesencia del pensamiento moderno, la Meca donde habitan los santones de la novela y del drama, el horno donde se cuecen las reputaciones... y, por último, para los políticos, el laboratorio donde se fabrican las bombas explosivas, el taller donde se cargan con dinamita los cartuchos y los petardos que han de estallar alarmando y consternando a Europa... París (lo único vivo en toda Francia) será siempre, y más si se mira desde lejos, la *ciudad madre* que cantó Víctor Hugo; «fuego sombrío o pura estrella, araña que supo tejer la inmensa tela en que las naciones vienen a enredarse; fuente de continuo atestada de urnas que esperan el agua vivificadora, donde las generaciones acuden a apagar su sed de Idea» (de esto de *vivificadora* responda Hugo).

Años después de muerto el excelso poeta, y a tiempo que su fama empieza a palidecer bajo el implaca-

ble sol de la crítica, todavía conmueve, en vísperas de un viaje a París, leer aquel fragmento de sus *Voces interiores*, donde expresa con tal energía el papel providencial de París en los destinos europeos. «Cuando París —dice— pone manos a la obra, arrebatada a los demás pueblos (por felices y valientes que sean) sus leyes, sus costumbres, sus dioses; y en el candente yunque de colosal taller, funde, transforma y renueva esa ciencia universal que robó a la Humanidad».

«Después de tan gigantesca labor, devuelve a los pueblos atónitos sus cetros, sus coronas, sus sistemas y preocupaciones, torcidos y abollados ya por las manos vigorosas de París. ¡Ah! París es —sin saberlo— el depósito de las fascas como el de los incensarios; cada mañana eleva una estatua, cada noche apaga un sol; con la idea, con la espada, con la realidad, con el sueño, reconstruye, clava y erige la escala que une al cielo con la tierra, y edifica —en este escéptico siglo— una Babel para todo hombre y un Panteón para todo numen. Ciudad envuelta en una tormenta continua, que día y noche despierta a la vasta Europa al tañido de la campana y al redoble del tambor, y que noche y día zumba a su oído como enjambre de abejas en el bosque. ¿Y qué sería del rumor del mundo el día en que tú, ¡oh, París!, enmudecieras?»

Nunca mejor ocasión de repetir estas estrofas del ilustre anciano; parecen hechas expresamente para saludar la apertura del gran Certamen Internacional que, al tañido de la campana, despierta a toda Europa, y para servir de himno a la Babel contemporánea. Tampoco encontraremos mejor coyuntura de meditar las frases

que Víctor Hugo consagra a la futura destrucción de París; a esa época venidera en que el Sena correrá silencioso y pálido entre olvidados y solitarios escombros, y en que de todo el esplendor de la antigua Lutecia quedarán sólo dos torres de granito construidas por Carlomagno y un pilar de bronce erigido por Napoleón.

[...] España merece párrafo aparte. Si consideramos a Francia, se nos presentan dos problemas, el industrial y el político: el primero es de datos claros y fácil solución. Con ningún estado de Europa realiza España mayor cantidad de transacciones que con el francés; con ninguno está en más inmediato contacto, ni tiene mayor interés en conocer sus medios de adelanto y perfeccionamiento industrial para establecer hasta donde quepa una competencia lícita, que nos emancipe de muchas tutelas y redima en parte el formidable censo de cerca de trescientos millones de pesetas anuales que pagamos a la nación vecina por importación de artículos que aquí no sabemos aún fabricar, o a los cuales no hemos acertado a imprimir sello propio y gracia moderna. Nosotros, que dominábamos en mejores tiempos el arte de la cerámica, prescindimos de nuestra loza y encargamos vajillas a Limoges y a Sèvres; nosotros, que poseímos el secreto de las más ricas sederías, despreciamos el damasco de Valencia por el paño de Lyon; nosotros, que en forjar y cincelar el hierro eclipsábamos a los florentinos, adornamos nuestras casas con bronce y níqueles franceses; nosotros, que cebamos en Galicia los más orondos capones y en Granada el más suculento pavo, dejamos salir de España todos los años ¡cuatro millones de pesetas!

gastados en *pulardas* del Mans, en patos gordos, gansos y faisanes. Pero, así y todo, Francia nos compensa, tomando nuestros caldos, desde el añejo Valdepeñas al dorado Jerez, los minerales de nuestras sierras, el corcho de nuestros alcornocales, el aceite de nuestros olivos, la suave lana de nuestros borregos. De modo que no es Francia para nosotros una enemiga industrial; quien lo será en breve, y terrible, si Dios no lo remedia, es Alemania, que nos exporta poquísimos y a bajo y ruinoso arancel —escasamente doce millones anuales—, y nos saca noventa y cinco por bujerías de cuarto orden, de lo más inferior que puede verse en nuestros bazares y en nuestras tiendas de bisutería y quincalla. ¿Qué ha de esperar España, en cuanto a ventajas comerciales, de una nación populosa y vasta, amiga de empinar el codo y donde, sin embargo, sólo se consumen nuestros vinos por valor de dos millones quinientas mil pesetas? ¿Nuestros vinos, néctares amasados con fuego del cielo, perfumados con fragancia de azahar, tintados con oro derretido, tan diferentes de los aceitosos jugos de las viñas del Rin, los cuales, a guisa de muchacha clorótica que se pinta las mejillas, necesitan que el color del cristal les disimule la palidez? Yo los prefiero, es verdad; pero hay quien se indigna al ver el desastre de los vinos españoles.

Industrialmente, no cabe duda: estamos al lado de Francia más bien que al de Alemania, y las complacencias de nuestro Gobierno con el del Canciller en la cuestión de aranceles, no nos han reconciliado con el país de los juguetes de plomo y los alcoholes amílicos. Políticamente.... ya es harina de otro costal.

Políticamente, si Francia no es ya nuestra adversaria, tampoco es una amiga segura. Latina, sí... pero la frase *pueblos latinos* es muy elástica. España lleva en las venas más sangre finesa, fenicia, celta, semítica o goda, que romana. España hubiese estado antes al lado de Aníbal que al de Escipión, y era, más que latina, cartaginesa. España tiene mayor afinidad con Francia por el lado céltico que por el latino, el cual en ambas naciones representa la opresión extranjera y la conquista. Y evitando remontarnos a edades tan lejanas y a tan nebulosos períodos, siempre Francia ha sido la piedra en que tropezamos, la fosa en que caímos, la enemiga declarada o embozada, y en este último caso más funesta, que acechó nuestras desventuras para explotarlas, que observó nuestros lados débiles para herirlos, y que nos quitó con pérfida habilidad, como el que realiza un acto premeditado y un plan maduramente concebido, y aprovechando nuestro inconcebible descuido, la hegemonía de los pueblos que, por no llamar latinos, llamaré romanizados. Mediante, los manejos de Francia perdimos un riquísimo florón de nuestra corona, Portugal, y a poco perdemos otros dos no menos ricos, Cataluña y Navarra. Por Francia, nos hubiésemos quedado sin nombre ni nacionalidad a principios de este siglo; y la espantosa energía que contra la invasión desplegamos, prueba cumplidamente que en el fondo de nuestra conciencia existía el convencimiento de que al rechazar a los franceses rechazábamos la absorción. La hoguera del odio no se ha extinguido por entero después de sesenta y siete años. Aún en las masías de Cataluña el nombre de francés suena de siniestro modo, y aún en las bodegas

de Castilla os enseñarán con orgullo la inmensa cuba de vino cuyo mérito y paladar consiste en *tener francés*, es decir, en que en su fondo yace el esqueleto del granadero de la vieja Guardia chapuzado allí por el más feroz patriotismo.

Concretando: las naciones se han mostrado con Francia reservadas y frías, otorgándole tan sólo lo que dentro del derecho internacional no podían negarle. La misma Bélgica, especie de retoño o prolongación del Estado francés, con el cual lleva excelentes relaciones y sostiene el comercio más activo, no se atrevió a salirse del campo de la neutralidad, y trató de quedar bien echando un requiebro a la bandera francesa, a la cual llamó *arcoíris del progreso*; Holanda imitó la conducta del país belga; Suecia torció el gesto; Rumanía, por no ser menos, tampoco quiso enviar representación oficial; y, ¿qué más?, hasta China se mostró para Francia remilgada y desdeñosa. El activo de adhesiones explícitas quedóse reducido a los Estados jóvenes, impúberes casi, como Grecia, Serbia, Mónaco —jóvenes algunos de puro viejos, y otros resueltamente viejos ya y sin esperanzas de renovación; por ejemplo, Marruecos y Egipto—; al evolucionista Japón, que no pierde coyuntura de asomarse a Europa, y a todas las Repúblicas de la América meridional. La del Norte no ha sido tan franca: a despecho de su papel de centinela avanzado, manifestó diplomática reserva, a fin de no desafinar en el *concierto* de las naciones.

Es evidente el carácter político de tan marcada abstención. A la Francia monárquica o imperial, nadie la

desairaba. Francia no ha sabido o no ha podido curarse de sus aficiones de propagandista, ni renunciar oportunamente a su oficio de mecha encendida y aplicada sin cesar al barril de pólvora de las revoluciones. Un siglo va a cumplirse desde que a los gritos de la multitud derribó la vieja y sombría Bastilla; un siglo lleva demoliendo, y no se ha cansado. Parece que no agitó lo suficiente al mundo; aún se estremecen sus entrañas con movimientos convulsivos, y al pronunciar las palabras de «paz, trabajo y concordia», duda de sí y no se cree apta para realizar plenamente tan halagüeña divisa. Este lema es pura fórmula mercantil. Nada violento persiste; y así como España, para respirar y vivir, tuvo que renunciar a sus pronunciamientos y sus guerras civiles, Francia necesita dejarse de revoluciones. La actitud de las potencias se funda en la fecha del Centenario que la Exposición conmemora, la demolición de la Bastilla: para unas habrá motivos, para otras pretexto; para todas razón suficiente. Viene muy a pelo recordar aquí otros versos de Víctor Hugo, una estrofa de los *Cantos del crepúsculo*. «¡Oh, Dios! —exclama el vate— ¡Si tus alas cobijan a la nación francesa, no permitas, Señor, estas perennes luchas, este levantar y derrocar de tronos, estas tristes libertades, hoy concedidas y suprimidas mañana; este negro torrente de leyes, pasiones, ideas, que se derrama en desatadas olas; estos tribunos que no se reúnen sino para oponer a los abusos de granito constituciones de yeso; este flujo y reflujo incesante; esta guerra más honda y sombría cada vez, del Gobierno contra los partidos y de los partidos contra el Gobierno!» ¿No parece que presintió el estado de incertidumbre y angustia política

que precede a la apertura de un Certamen cuya corona debiera tejerse con las rosas de la alegría y las olivas de la paz?

De todas maneras, y acaso por lo mismo que Francia se encuentra metida en el atolladero, en la Exposición tendrá fijos los ojos el mundo; ¡y quién sabe si al cerrarse el concurso, el país republicano y revolucionario por excelencia (que es en el fondo el más partidario de la autoridad y la jerarquía), obedecerá al dictador, al amo con quien sueña en secreto, como apasionada e indómita mujer que suspira por el querido tirano!

50 ¿Quién lo duda? París rebosará de gente y harán su agosto los hosteleros, los tenderos, las cortesanas y las modistas que chupan al incauto viajero la sustancia. Yo sé que en París todo *resulta*, porque conozco aquella capital. Dos o tres inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro a doce de la noche la del incansable turista y observador.

Segura de ser respetada, porque aquel es un país culto, y bastante conocedora de la topografía física y moral de los barrios parisienses para no exponerme con frecuencia a ser robada o asesinada miserablemente en algún rincón de la inmensa capital, la he recorrido sin perdonar callejuela, ni olvidar museo o teatro.

París está en prosa. Allí se piensa mucho en comer. Recuerdo que me ha divertido infinito la gastronomía parisiense. He comprado fresas en enero, melones en junio, castañas asadas a los saboyanos que las venden en la calle, y patatas fritas, envueltas en un cucurucho.

He visto fabricar el turrón o *nougat*, me he enterado de cómo se acaramelan las violetas dobles, de cómo se falsifica el champagne y de cómo se fabrican artificialmente las trufas. He visitado el *ventre de París*, según le llama Zola, o sean los mercados. He visto desempaquetar de entre témpanos de nieve los esterletes del Volga; he compartido el cocido de garbanzos y el bacalao a la vizcaína que comen en París los naranjeros de Murcia, encargados de abastecer de *narranca* a las fruteras parisienses; he observado cómo volvían del campo los carricoches de las verduleras, atestados de aquellas zanahorias con que aplacó su hambre el infeliz anarquista héroe de la novela de Zola; cómo viajan los gansos de Estrasburgo, con su infarto en el hígado y sus ojos atravesados por cruel punzón; conozco las cocinas italianas, con sus frascos de Chianti y sus *ravioli*; las cervecerías alemanas donde se ostenta un salchichón más grueso que el tronco de un mediano roble; las fondas rusas, en que abren el apetito la sardina curada y el caviar; las tiendas españolas en que se compra legítimo *mansanilla*... En fin, no hay nada tan variado y complejo como la bucólica parisiense, y creo que es uno de los ramos más interesantes que pueden estudiarse en París y de las cuestiones más vitales para el francés contemporáneo.

51

Pues, ¿y las tiendas? El anuncio, el modo de engalanar el escaparate a fin de que atraiga los ojos y entreabra el bolsillo; la tentación hábil, insidiosa, continua, que llega a convencerle a uno de que necesita con urgencia un objeto en que no pensaba cinco minutos antes, ni en su vida ha echado de menos; la maña del vendedor, sus palabritas de miel, sus agasajos, la tupida

red de seda en que envuelve al marchante, la seducción que ejerce sobre sus sentidos y hasta sobre su conciencia... es otro capítulo que mi sexo me obliga a conocer, y que adicionado con las visitas al taller de las modistas y modistos favorecidos del público derrochador, podría inspirar un tratado edificante y moral, demostrando el tremendo papel que desempeña en la moderna sociedad esa hoja de parra que nuestros progenitores, en el feliz Edén, obtenían sin más trabajo que extender la diestra hacia las enredaderas y los floridos arbustos.

52 Pero mis predilectas excursiones eran a los museos. Los domingos, como no se podía trabajar en la Biblioteca, refugiábame en el Louvre, el Luxemburgo o Cluny, y me pasaba horas y horas mirando cuadros, estatuas, esmaltes, lozas, casullas viejas, joyas de orfebrería, retablos o hierros primorosos; solamente prescindía de estas dominicales artísticas cuando iba a entretener la mañana en el famoso *desván* de Edmundo de Goncourt, mi viejo maestro y amigo.

En Madrid [...] En casa, antes de cerrar la maleta, habían hecho su presupuestito: tanto para el billete, tanto para comer en el camino, tanto para el hospedaje en París; cuánto para propinas, cuánto para café; eche usted diez duros para imprevistos; ¡ea! y añadamos... ¡psch! quince duritos para llevarle unas finezas a la familia y a los amigos de confianza. Total, unas seiscientas u ochocientas pesetejas... bueno, mil a lo sumo.

¡Inocentes proyectistas! Ya veo el susto que les aguarda. En la frontera, quebranto del cambio; pierde el dinero español cinco o seis pesos que se van sin gracia

ninguna. En París: la comida por las nubes; la fonda, en el Olimpo; los cafés, remontados; todo por las setenas... Al satisfacer la cuenta del hospedaje, sobre el precio del ajuste diario, una peseta más por luz, una por servicio, media por agua caliente, y los recados a peseta también. En fin, las desagradables sorpresas de toda *adición* (*sustracción* debiera llamarse). Luego, el ramo de caprichos y deslices; los cachivaches sueltos que se compran por su excesiva baratura y, después de sumados, importan una regular cantidad; las fruslerías de a real, que en conjunto cuestan mucha plata; el retrato económico, el monigote japonés, el álbum con vistas de la Exposición, el prensapapeles con la torre Eiffel, la docena de pañuelos casi regalados... todo va poquito a poco acreciendo la columna de gastos y exprimiendo el portamonedas, al par que exigiendo la compra de una maleta ancha, de una sombrerera más, de un saco y una carterita. El presupuesto módico de las mil pesetas sube, sube como la espuma, y no para en las mil quinientas, con profundo terror del honrado madrileño.

¡Qué derroche! Para el ciudadano pacífico, acostumbrado a su vida casera, burguesa, angosta, con el plato de arroz al almuerzo y el cemento de garbanzos a la comida, con sus imprevistos previstos más exactamente que anuncian los observatorios, las galernas y los ciclones (treinta céntimos el tranvía, tres pesetas el asiento de los toros, etc.), aquel sutil y vertiginoso modo de sacar el tuétano al bolsillo que en París se estila, tiene algo de fatal, de patológico; es como quien siente que se le va la vida por una vena rota, y no acierta a restañar la sangre. En vano escatima, discurre y se

ingenia. «Compañero, mañana mucho cuidadito... A tal parte, que está cerca, iremos a pie... o en ómnibus. Comeremos en un sitio barato. Nada de compras... juicio, y a ver cómo recorreremos muchas cosas en poco tiempo. Consultar la guía, ir seguido y a patita, que estos simones salen por un ojo de la cara.» Excusado es decir que no se cumple ninguno de estos propósitos de mis madrileños incautos. Yendo a pie se tarda un siglo en llegar a cualquier parte, porque son inmensas las distancias: los ómnibus no hay medio de aprovecharlos, siempre van atestados hasta la imperial; en los edificios públicos, si no corre el franco, nada enseñan; hace calor, y no se puede pasar sin un refresco; el cuerpo pide tabaco, y éste (si no ha de ser hierba seca) es carísimo en París: en fin, que mis madrileños susodichos, dándose al diablo, no tendrán más recurso que desliar el bolsete y otra vez soltar *guita*. Pues ¿qué diré si el propio diablo hace que sean solteros, o casados, pero alegres, y les mete en el fregado de dejarse envolver por alguna de aquellas ninfas, respecto a las cuales emitió Fray Luis de León su sapientísimo consejo?

«Si acaso te mirare,
 los ojos, sabio, cierra: firme atapa
 la oreja si llamare:
 si prendiere la capa,
 huye; que sólo aquel que huye, escapa.»

¡Ah, y qué disimuladamente voy a reírme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición a mis vecinos matritenses, que no verán la

hora de volver a catar su linfa de Lozoya y su puchero castizo!

Ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más a propósito para encontrar a París en su plenitud de animación, dejando transcurrir este mes de abril, que se presenta frío, lluvioso e ingrato como si fuese el más inclemente marzo o febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja a ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el Teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gayarre, canto de cisne de la temporada teatral que ya agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigos de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría o himnos a la paz, nos llega el eco de las discordias, quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado a declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, a la cual ésta sólo sirve como de sinfonía o preludio en que, mezclados o entreverados a capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que, con sus coros, arias, concertantes y dúos, se entonará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

LA EXPOSICIÓN
POR FUERA



Cada día que pasa aumenta la animación de esta ciudad, y descargan los trenes en su seno mayor número de forasteros venidos de las cinco partes del mundo, y más aún de América que de Europa.

Ya puede decirse a boca llena que la Exposición no fracasa; y también puede afirmarse que será muy difícil en lo sucesivo mejorar el programa de las Exposiciones, encontrando después de la torre Eiffel alguna novedad estimulante, algún signo peculiar que distinga a un Certamen entre todos los que en el mundo han sido.

[...] Desde las plataformas de la torre Eiffel se dominará perfectamente la totalidad de la Exposición, toda la Explanada de los Inválidos, el Campo de Marte y el parque del Trocadero. Como sólo una vez pienso ascender a la torre, ese día la describiré, antes que se disipe la impresión que haya experimentado; por hoy me contento con subir a la galería circular del palacio del Trocadero, desde donde puede otearse todo, excepto la Explanada de los Inválidos.

89

Lo primerito que atrae nuestras miradas ¿qué ha de ser sino la torre? En medio de su inmensidad, la pirámide de hierro es majestuosa, proporcionada, elegante: su misma férrea caparazón tiene esbeltez. No; ya dije que hoy no quería hablar de ella.

Allá abajo rueda la gran cascada, y de tazón en tazón viene a parar en el pilón donde se aplana y reposa. La cascada es antigua ya, y si alguna caída de agua pudiese ser de mal gusto, ésta lo sería. Se asemeja a una decoración de ópera, y contribuyen a la semejanza los cuatro avechuchos de dorada fundición que la guarne-

cen. A uno y otro lado de la fuente se extiende el Parque, transformado en Exposición de horticultura. Por allí anda también mi antiguo conocido el acuario, mejorado en tercio y quinto, y la futura Exposición geológica, que será indudablemente muy curiosa, pero que hoy por hoy se halla en el estado de la inocencia. El Parque comunica con el puente de Jena y va a desembocar en el inmenso y grandioso Campo de Marte.

En él se ven desde luego los pabellones pertenecientes a la opulenta Compañía Petrolera Internacional; luego la Exposición particular de la Sociedad Electricista, y al extremo de la vasta construcción destinada al material de navegación y salvamento, el soberbio panorama de la Compañía Trasatlántica.

90 Merece que nos detengamos en él. Panorama y diorama nos muestran en todo su esplendor la poderosa flota de la Compañía, que realiza hoy las empresas atribuidas a los navegantes fenicios. Quien recorre el pabellón del Campo de Marte puede forjarse la ilusión de estar a bordo de uno de esos hermosos vapores que han unido a Europa con América. Se visita el puente, el entrepuente, el sollado; se cruza por entre la arboladura; se ven las cámaras de los pasajeros de primera, el fumadero, el comedor; se conoce el navío en construcción *Turena*, lo mismo que si nos embarcásemos en él. Por lo que toca al pabellón en sí, dicen algunos que es una bonita obra arquitectónica; que se desarmará y se lo llevarán para armarlo otra vez en Nueva York. Confieso que este género de edificios en que domina el hierro me parecen todos de un carácter utilitario incompatible con la estética. Sólo la torre... ¡Ea! No la nombremos aún.

Lo que llama la atención alrededor de la torre es la especie de mascarada arquitectónica, conocida por *Historia de la habitación humana*, que comprende desde las ciudades lacustres y las cavernas de los trogloditas hasta los palacios del Renacimiento italiano. Quizá diga algo, más adelante, de esta reconstrucción poco feliz: sólo de pasada la nombro ahora, al tratar de la Exposición por fuera.

Entre las descomunales patanzas del coloso, como para quitar el aspecto industrial a los montantes de hierro que sostienen su mole, se eleva, hasta la altura de unos doce metros, la bella y artística fuente monumental, que, coronada por el arco en que se basa la torre, aparece en toda su elegancia. Es obra de un alumno del célebre e ilustre Carpeaux; mide nueve metros de elevación y doce de diámetro, y comprende once figuras colosales; abajo, cinco que figuran las partes del mundo; más arriba, cuatro que sostienen un globo terráqueo circundado de una atmósfera de nubes, y sobre el globo otras dos, airoosas, esbeltas, *lanzadas*, como se dice en jerga de taller, que representan a la Noche intentando sujetar al Genio de la luz. Las cuatro figuras que soportan la esfera son la Historia, Mercurio con su caduceo y el saco de dinero (símbolo de la Exposición y del río de oro que trae a París), el Sueño y el Amor (éstos sí que no entiendo el papel que componen).

A los pies de la torre, como tapiz oriental a los de un negro gigantazo, se extiende un parque a la inglesa, con colinitas, saltos de agua, arroyuelos, frescura y sombra; pero todo salpicado de pabelloncitos e instalaciones. Allí se desparraman el pabellón de la Compañía de Suez

y Panamá; el de la Exposición brasileña; la Exposición de cervezas de la casa Tourtel enfrente, los pabellones de Venezuela y Bolivia; no lejos, el de Chile; luego el Palacio de los niños, paraíso de la chiquillería, con su indispensable teatrillo en miniatura. Bajando hacia el Sena y volviendo a pasar por delante de Venezuela, se llega a Méjico, construcción extensa que hace frente a los edificios de la Manutención y la Aduana. Al otro lado del Parque, más pabelloncitos aún: la cervecería del ferrocarril, el pabellón de las Manufacturas del Estado, el de la Compañía del Gas, el de la Sociedad telefónica, el finlandés, el noruego, el sueco, la oficina donde se ve la talla del diamante, el teatro de las *Folies parisiennes*, y, por último—justo es que le otorgue especial mención— el pabellón de la Prensa.

92 Después de rondar todos estos edificios, se queda uno más molido que si le hubiesen dado una soberana paliza; digo, supongo que después de una paliza debe de quedarse muy molido quien la sufra, y sé por experiencia que recorrer el parque de la Exposición es un ejercicio de los más fatigosos.

La hermosa herradura que forman los dos palacios gemelos y el de la Exposición encierra un deleitoso jardín, mitad inglés y mitad francés, salpicado de algún pabelloncito de industrias bonitas que confinan con el arte, verbigracia, las lozas, los mármoles, las maderas recortadas para construcción. La calle grande resguardada por toldos, ofrece un refugio contra la lluvia y el sol; esta calle rodea la segunda fuente monumental, cuyo tazón descansa en un navío (la galera de Lutecia) y en la proa o rostro de este navío se afirma en orgullosa y

retadora actitud, dispuesto a entonar un cántico de victoria, el gallo galo.

Del centro del navío surge una estatua de *Francia iluminando al mundo*, en la cual todos ven reminiscencias de la célebre Libertad de la bahía de Nueva York. Alrededor de Francia se agrupan la Ciencia, la Industria, el Arte, la Agricultura, el genio de Francia, muchos geniecillos portadores de cuernos de Amaltea, varios cañaverales, la Envidia, la Pereza, y en el tazón inferior los ríos de Francia, con infinidad de tritones. No diré que esta fuente, de noche y con luz eléctrica de colores varios, no resulte decorativa y grandiosa; pero tanta comparsa de figurones y tanta balumba de atributos obligan a recordar, por contraste, aquella joyita del arte renaciente, aquella fuentecilla de las *Tortugas* que se encuentra en una solitaria plazoleta de Roma, y que, por su admirable sencillez, recrea los ojos, pone en equilibrio el espíritu y embelesa el alma. Hoy se ha perdido el secreto de las fuentes: no llegaremos nunca en eso a nuestros predecesores.

93

De los dos palacios gemelos, el uno es el de Bellas Artes (donde me detendré), y el otro el de las Artes liberales, donde se junta todo el material pedagógico y científico: tipografía, librería, material escolar, elementos necesarios para la pintura y la fotografía, instrumentos y aparatos de cirugía y medicina, chismes de los que se sirven los ingenieros y planos de la sección antropológica y de la historia retrospectiva del trabajo. Este palacio —lo adivino— no ha de robarme mucho tiempo.

Dando la vuelta a los dos palacios de las Artes, encontramos hacia el segundo el pabellón de Nicaragua

y el del Salvador; y subiendo hacia la Escuela militar, nos salen al encuentro el del Uruguay y el de Santo Domingo, el del Paraguay, el de Guatemala y el de la India inglesa. Ante la fachada que mira al Sena, el pabellón de Mónaco y el de la pintura al pastel, y después otro mayor, el de los acuarelistas. Desde éste —haciendo caso omiso de cinco grandes pabellones industriales— llegamos a la galería Rapp, y entramos en el Palacio, propiamente dicho, de la Exposición. Su redonda y majestuosa cúpula sería de gran efecto si la torre Eiffel no se comiese y no anulase todas las construcciones que tiene próximas. Además, la variada decoración de la cúpula misma me parece muy discutible desde el punto de vista del buen gusto. Su fondo es de pizarra, con oscuros reflejos metálicos, y los adornos de cobre, plomo y zinc resaltan en demasía. La portada carece de novedad y severidad; el balcón que la corta por medio, contribuye a hacerla mezquina; su tímpano es aplastado y pobre, y los dos figurones que a ambos lados la guarnecen tienen el aspecto más industrial posible.

En las dos calles exteriores que orillan el palacio, pabellones y más pabellones, restaurantes y más restaurantes, donde, a pretexto de servirle platos exóticos y con mucho color local, le sangran a uno bonitamente la bolsa: el rumano (que es la novedad de esta Exposición), el ruso, el bazar marroquí, la típica y célebre calle del Cairo, siempre atestada de gente, siempre animada. Al salir de ella y volver al jardín interior, a cualquiera se le ocurriría consagrar enfáticos elogios a la Galería de las máquinas, que admira por la audacia de su construcción y su magnitud, como que es una superficie de cincuenta

mil metros cuadrados, cubierta, sin ningún punto de apoyo; ni pilares, ni columnas, ni arcadas, ni nada, en suma, que pueda sostener la nave colosal. Para mí esto es un problema científico magistralmente resuelto; pero comprendo que no sé apreciarlo; que no lo admiro ni lo estimo a proporción de lo que debe de valer.

No me determino a describir detalladamente el palacio de la Agricultura ni la Explanada de los Inválidos, únicos puntos culminantes de la *Exposición por fuera* que no he pintado todavía. De esta última algo diré. Para ir a la Explanada de los Inválidos he tomado, no un asnillo egipcio enjaezado con terciopelo rojo, sino el camino de hierro de cintura que rodea a la Exposición.

No ostenta la Explanada grandes palacios de hierro, sino mucho pintoresco pabelloncito, mucha aldehuela exótica, habitada por indígenas; el palacio argelino, el palacio tunecino, la Exposición colonial y varios estanques, donde navegan en piraguas neocaledonios y haitianos legítimos. El Tonkín, el imperio anamita, Cochinchina, se encuentran representados por numerosos obreros; un teatro asiático, que da tres funciones diarias; diferentes pagodas de bulbosas cúpulas, y un templo donde el ídolo de Buda cierra los ojos por no marearse con tanta actividad, opuesta a sus soñolientas doctrinas. ¿Y qué más merece citarse en la Exposición por fuera? La puerta de la Exposición militar, que representa una fortaleza del siglo xv, con sus dos torreones redondos y almenados, y su puntiagudo techo, flanqueado de torrecillas.

La presente edición de *Al pie de la Torre Eiffel* se ha concebido para trasladar a los lectores y lectoras de nuestros días una versión más centrada en la visión de la escritora sobre París, la ciudad a la que acude en calidad de corresponsal de prensa y con el objetivo de cubrir los acontecimientos que se desarrollan con motivo de la Exposición Universal de 1889. Si bien incluye parte del itinerario de ida (Burdeos, Barcelona) y la escapada que realiza a Suiza y Alemania.

Los artículos que la propia autora reunió sufrieron algunos cambios y modificaciones desde su primera publicación a la de sus primeras *Obras completas* que ella misma revisó y reunió. La versión que ofrecemos proviene de una selección de estas últimas, pues en aras de ofrecer una transcripción más unitaria del acontecimiento hemos suprimido algunos capítulos y fragmentos que se desvían del tema principal. Los especialistas podrán acudir a la primera versión completa y los lectores contemporáneos agradecerán la más ajustada y alusiva en la experiencia viajera de doña Emilia, tal como la ofrecemos en esta nueva edición.

Para esta versión se han respetado algunas expresiones y palabras ya en desuso, pero significativas del estilo y talante de la escritora, y solo se ha intervenido en la actualización de algunas normas gramaticales en aras de facilitar la lectura del texto.

QUIEN NUNCA VIO PARÍS, SUEÑA
CON LA METRÓPOLI MODERNA POR
EXCELENCIA, A LA CUAL NI CATÁSTROFES MILITARES Y POLÍTICAS,
NI LA DECADENCIA GENERAL DE
LOS ESTADOS LATINOS, HAN CONSEGUIDO ROBAR EL PRESTIGIO Y
LA MÁGICA AUREOLA QUE ATRAE
AL VIAJERO COMO CANTO MISTERIOSO DE SIRENAS.

EMILIA PARDO BAZÁN



CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#13 *Huellas negras*

DIEGO COBO

CU#14 *Imagen de la India*

JULIÁN MARÍAS

CU#15 *Tiempo de Hiroshima*

SUSO MOURELO

CU#16 *Eva en los mundos*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CU#17 *La ascensión al Mont Ventoux*

FRANCESCO PETRARCA

CU#18 *El espíritu de Roma*

VERNON LEE

CU#19 *Diario austral*

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CU#20 *No le hagas preguntas a la tristeza.*

Antología de poemas de tribus de la India

JESÚS AGUADO

CU#21 *Contra Florencia*

MARIO COLLEONI

CU#22 *Al pie de la Torre Eiffel*

EMILIA PARDO BAZÁN

Con fascinación y horror, a partir iguales, seguía el mundo la construcción del *coloso de hierro* que se levantaba en París como gran atracción de la Exposición Universal de 1889. Entre los enviados especiales de la prensa se encontraba doña Emilia, una experta viajera y eficaz reportera que da cuenta en estas crónicas de lo pormenores del acontecimiento. La vemos lidiar con sus cocheros, protestar por los precios de los hoteles, evaluar la situación política, reflexionar sobre algunas de las figuras de la cultura, extasiarse ante las novedades tecnológicas o calibrar la oportunidad de la moda del momento: el traje pantalón al que alaba entusiasta en pro de la libertad de movimientos de las mujeres.

Es un París que conoce bien, hervidero de novedades, intrigas y excentricidades que ella recoge con talante ameno, chispeante y hasta divertido. La escritora disfruta prestando sus ojos y oídos a lectores lejanos que, como ella, admiran la batahola de sucesos que trae la modernidad a la entonces capital del mundo.

*Si en mi tarjeta pusiera Emilio, en lugar de Emilia,
qué distinta habría sido mi vida.*

***La franqueza, la naturalidad y la espontaneidad
caracterizan a una narradora que no pierde
de vista a su lector.***

ANA RODRÍGUEZ FISCHER

THEMA: WTL; 1DDF

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

